



ASSASSIN'S
CREED®

HERESY

CHRISTIE GOLDEN

minotauro games

Assassin's Creed®
Heresy

CHRISTIE GOLDEN

minotauro games

Assassin's Creed®: Heresy

Copyright © 2022 Ubisoft Entertainment. All rights reserved.
Assassin's Creed, Ubisoft and the Ubisoft logo are trademarks of Ubisoft Entertainment
in the US and/or other countries
Publicado por primera vez en 2016 por Penguin Books, Ltd, London

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
2022, Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción de Paz Pruneda, 2017

ISBN: 978-84-450-1260-4
Depósito legal: B. 12.053-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

La luz de las antorchas oscilaba sobre los muros de piedra de la habitación, arrojando grotescas y distorsionadas sombras sobre la puerta de madera reforzada con pletinas de hierro y el retrato tamaño natural del más importante Gran Maestre Templario que hubiese existido nunca. El Postulante, ataviado con una túnica blanca bajo una segunda y más gruesa capa roja, levantó la vista hacia aquel rostro de barba blanca que lo contemplaba con ojos amables y pose firme.

Una voz rica, serena y profunda, rasgó el silencio.

—Jacques de Molay fue el último Gran Maestre público de la Orden de los Caballeros Templarios. Fue acusado falsamente de herejía por hombres sin escrúpulos. Hombres interesados no en la mejora de la humanidad sino solamente en sus propios y egoístas deseos. El mejor de nosotros, declarado culpable de los peores crímenes; crímenes que no había cometido. Sus enemigos, y la historia, creen que la Orden murió con él, pero no fue así.

El Maestre Templario dio un paso al centro de la cámara para colocarse junto al Postulante.

—Jacques de Molay sufrió una muerte muy dolorosa para que la Orden pudiera vivir segura y en el anonimato, siendo conocida solamente por aquellos que también darían gustosos su vida por ella.

El Postulante miró los oscuros ojos del Maestre.

—Sed humilde como el polvo e inmóvil como la roca —declaró el Maestro. Alargó una mano enguantada y señaló hacia el suelo de mármol. El Postulante se tumbó hasta que su rostro estuvo pegado contra el frío suelo y los brazos extendidos a ambos lados en forma de cruz.

»Atravesaréis las sombras de la noche con la única compañía del Padre del Entendimiento. Que él os despoje de todo aquello que no fortalece a la Orden, y os revista de certidumbre. Que os vacíe y colme de propósitos. No durmáis, no soñéis. Cuando el día amanezca, vendremos a buscaros. Si juzgamos que sois digno, os elevaremos. Si descubrimos vuestras carencias, os volveremos la espalda. Que el Padre del Entendimiento os guíe.

El Postulante oyó el sonido amortiguado de pisadas y a continuación el fuerte portazo y posterior crujido de la puerta cuando fue cerrada con llave.

Estaba solo, con una única salida a través de esa puerta, como miembro del Santuario Interior.

Si fracasaba... pero no. Ni siquiera consideraría esa opción.

No había peligro de que se quedara dormido. Las antorchas proporcionaban luz, pero no calor, y el mármol parecía absorber la calidez de su cuerpo a pesar de la doble capa de ropa requerida para el ritual. El tiempo, distante y sin prisa, fue alargándose imperturbable ante la incomodidad del hombre. Después de lo que pareció una eternidad, por fin se oyó el bienvenido tintineo de la llave maestra en la cerradura. El Postulante fue alzado por los brazos a la vez que reprimía un gemido de dolor; haber yacido inmóvil durante varias horas en ese despiadado suelo de piedra le había pasado factura.

Siguió en silencio a la pareja que lo había puesto en pie, aún tambaleándose por el suelo de piedra, que ahora era de dura pizarra. Pasaron bajo una puerta en arco de ladrillo y roca. Grandes troncos de árbol flanqueaban el estrecho ascenso hasta desaparecer en la oscuridad, extendiéndose más allá del alcance de la débil luz de las antorchas que titilaba en los candelabros.

Unas figuras envueltas en túnicas y encapuchadas lo aguardaban. Aunque cada una sostenía una vela de cera de abeja, sus rostros permanecían envueltos en oscuridad, excepto por el leve destello de sus ojos que atrapaba la luz de la llama.

—El cuerpo humano tiene su corazón —entonó el Maestre Templario—. La tierra tiene su núcleo. Todas las cosas tienen su centro, del que procede su fuerza más profunda. También la Orden templaria tiene su Santuario Interior. Nueve miembros deben ser, tres veces tres; seréis el noveno si sois digno de ello. Ahora, hablarnos de las tres grandes verdades que habéis aprendido sobre la Orden durante vuestra vigilia.

La pregunta pilló desprevenido al Postulante. Durante un instante su mente se quedó en blanco, antes de lograr responder.

—He aprendido que el conocimiento genuino solo se revela a aquellos que realmente ansían encontrarlo. He aprendido que el poder debe ser ostentado por aquellos que se hallan por encima de la lucha, pues solo ellos pueden ver el entramado del diseño. Y he aprendido que la sabiduría es la ejecución del poder guiada por el conocimiento y el entendimiento.

Nadie dijo una palabra, pero algunos de los miembros del Santuario Interior intercambiaron miradas entre sí.

El Maestre Templario continuó.

—Al igual que los miembros de la Orden son escasos en el mundo, aún más excepcionales son aquellos elegidos para unirse al Santuario Interior. Ya habéis jurado obedecer los principios de nuestra Orden, y de todo aquello que defendemos. ¿Estáis dispuesto a viajar aún más profundamente a nuestro núcleo, y trabajar hombro con hombro junto al puñado de hombres que moldearán el mundo de la forma adecuada? ¿Juráis guardar silencio para siempre sobre lo que aquí sucede, compartir total y completamente lo que sabéis con el Santuario Interior, y no actuar nunca contra la esencia de todo lo que significa ser un Templario?

—El Padre del Entendimiento me ha guiado en todo esto, como así lo juro —replicó el Postulante.

Durante un largo instante, el Maestre permaneció en silencio. Luego, asintió. Los otros acercaron al unísono las velas a sus rostros, permitiendo que pudiese contemplarlos.

—Ahora sois miembro del Santuario Interior.

El Maestre Templario dio un paso adelante y colocó un alfiler en la pechera de la túnica del Postulante. La fina aguja de plata estaba

labrada en forma de espada, con una cruz con un rubí insertado en el centro sobre la empuñadura de la misma. Además de un adorno, la afilada punta del alfiler estaba impregnada de una toxina. Debía ser utilizada contra un enemigo en caso de ataque... o usada contra uno mismo si era necesario. Cuando el alfiler estuvo en su lugar, los Templarios apagaron la llama de sus velas.

—Vuélvete y saluda a tus hermanos, Simon Hathaway.

Las antorchas, que describían sutiles hologramas de fuego, fueron extinguidas instantáneamente y los candelabros retrocedieron suavemente hasta introducirse en los nichos esculpidos en los grises muros de pizarra. Unas pequeñas portezuelas se cerraron de golpe para ocultarlos. La luz fue surgiendo, tenuemente al principio, para que sus ojos pudieran adaptarse. La estructura de piedra del muro de su izquierda se deslizó a un lado con un leve zumbido, revelando un mapa del mundo con pequeñas luces centelleantes. Cada color representaba un área de actividad diferente de Industrias Abstergo y de la Orden templaria.

Las capuchas fueron echadas hacia atrás y se retiraron las túnicas rituales mientras el Santuario Interior recibía al nuevo miembro de la Orden. Simon se tomó un momento para pasar una mano por el grueso tejido de su atuendo ritual. Estaba confeccionado a mano. Todo el proceso de esquilar, cardar, darle la vuelta al paño y teñir la lana, había sido cuidadosamente llevado a cabo por personas, y no máquinas. Y los bordados... Simon sacudió la cabeza, asombrado ante el esfuerzo realizado para recrear una prenda que algún día vestiría en su iniciación un nuevo miembro del Santuario Interior, y asegurarse de que fuera lo más semejante a aquella llevada por los Templarios en siglos pasados. Como historiador, valoraba más que nadie el esfuerzo hecho a favor de su autenticidad.

Cambió a regañadientes su atuendo por la chaqueta de su traje, volviéndose hacia sus nuevos camaradas. Todos ellos le resultaban más o menos conocidos: Laetitia England, ejecutiva de alto rango en la División Operativa, quien, a pesar de su apellido, era en realidad una americana que operaba desde Filadelfia. Mitsuko Nakamura, directora de investigación de Linaje y Adquisición, que dividía su tiempo entre la oficina de Filadelfia y el campus de

Abstergo en Roma. Simon la envidiaba profundamente por ello. En Abstergo, *adquisición* tenía un sentido diferente al de otras compañías. El término se refería a la puesta a prueba de sujetos que pudieran ser apropiados para el Animus, una gloria tecnológica que él aún no había experimentado.

Simon estaba más familiarizado con el exageradamente jovial Álvaro Gramática, de la División de Futuras Tecnologías, y el despiadado Juhani Otso Berg, actualmente destinados en la otra punta del globo. No pudiendo estar presentes físicamente, habían presenciado sin embargo la iniciación de Simon y sus rostros miraban ahora hacia la habitación desde un par de enormes y elevadas pantallas.

Los dos hombres habían trabajado con la jefa y predecesora de Simon, la difunta Isabelle Ardant. Isabelle había muerto a manos de un Assassin hacía poco más de un año. A Simon no le gustaba especialmente; en realidad no le gustaba o disgustaba especialmente nadie, pero habían asistido juntos a Cambridge, y creía firmemente que una compañera Templaria de universidad no debería morir apuñalada por la espalda por alguien demasiado cobarde para hacerle frente. Por ese motivo, albergaba cierto resentimiento hacia Berg, encargado de la seguridad de Isabelle la noche en que murió, y quien realmente debería haber impedido su asesinato.

También estaban presentes David Kilkerman, sustituto del fallecido y, a juicio de Simon, poco llorado Warren Vidic como cabeza del Proyecto Animus, y Alfred Stearns. Kilkerman era alto y corpulento, de risa estruendosa y frecuente; sin embargo, las redondeces alrededor de su cintura de ningún modo indicaban un carácter indulgente. Stearns era el miembro de más edad del grupo de nueve. Había sido responsable de erradicar prácticamente en su totalidad la amenaza Assassin a la vuelta del siglo, en una acción templaria apodada como la «Gran Purga». Ahora estaba retirado y Laetitia había ocupado su puesto como jefa de Operaciones, pero aún seguía siendo un miembro altamente valorado del Santuario Interior. Los dos se estrecharon la mano educadamente. Aunque Stearns era ya un octogenario, calvo, con una corta y nívea barba, Simon lo consideraba tan peligroso como cualquiera que hubiese conocido en toda su vida.

Agneta Reider, directora ejecutiva del Grupo Financiero Abstergo, era otro de los miembros a los que Simon veía por primera vez. Parecía simpática y agradable, exactamente el tipo de persona que a uno le gustaría encontrar al timón de un brazo tan vital de Abstergo.

Y por supuesto estaba Alan Rikkin, director ejecutivo de Industrias Abstergo, y el Templario más importante que Simon conocía. Bueno, o al menos que él supiese. Uno nunca estaba seguro de esas cosas cuando se trataba de la Orden.

Rikkin era la cara pública de Industrias Abstergo. Simon no podía imaginar a nadie mejor. De una inteligencia feroz, hacía siempre gala de una conducta absolutamente controlada, mientras dirigía y atraía la atención del mundo cada vez que hablaba.

La puerta se abrió y aparecieron dos carritos. La mística de las épocas pasadas dejó paso a la agradable y ordinaria cháchara y al tintineo de tazas, platos, cuchillos y tenedores a medida que el Santuario Interior se disponía a celebrar un tradicional y completo desayuno al estilo inglés. En apenas unos segundos fue como si el ritual, tan anclado en la tradición, hubiese tenido lugar siglos atrás y no en pleno siglo XXI.

—¿Qué te parece tu nueva oficina, Hathaway? —le preguntó Mitsuko Nakamura.

—Aún no me he instalado —contestó Simon. Hurgó en el bolsillo de su americana buscando las gafas de montura metálica y se las colocó en lo alto de su nariz aguileña—. Pensé que sería prudente asegurarme de ser aceptado primero en el Santuario. Así me ahorro el problema de tener que recoger mis cosas dos veces.

Más risas.

—Muy práctico —comentó Álvaro Gramática, al tiempo que su rostro, demasiado jovial, llenaba la pantalla. Isabelle a duras penas había logrado soportarlo, y Simon debía admitir que Álvaro caía claramente en el apartado de «desagradable» en su propia escala personal. Ahora que Simon era el jefe de Investigación Histórica, tendría que ver al presumido y siempre sonriente Gramática con mucha más frecuencia. Menuda suerte la suya.

—Un rasgo que espero convertir en lema en mi departamento —respondió educadamente Simon, mientras hundía una tira de

pan crujiente perfectamente frito en la dorada y anaranjada yema de su huevo.

—Estuvimos examinando los archivos de Isabelle y tu nombre apareció varias veces —declaró Rikkin—. Conseguiste impresionarla, una hazaña nada sencilla.

—Gracias, señor. Me siento halagado. Isabelle era muy buena en lo que hacía, y yo trataré de servir a la Orden, en mi propio estilo, igual de bien.

—Suena como si no aprobaras cómo dirigía Isabelle su departamento. —Aunque todos los demás, incluyendo los americanos, estaban bebiendo té durante el tradicional desayuno inglés, advirtió que lo que Rikkin removía con una lustrosa cucharilla de plata era café. Sus ojos oscuros no abandonaron en ningún momento el rostro de Simon.

Depositó su taza en el frágil platillo con un leve tintineo y se dirigió a su patrono.

—Si bien respeto el método de Isabelle, yo soy muy mío y tengo un ángulo nuevo que me gustaría introducir.

—Continúa.

«Allá vamos», pensó Simon.

—En primer lugar... soy historiador. Ese es mi bastión y mi campo de especialización. Después de todo, la división está centrada en la exploración y el análisis de la historia.

—Para ampliar los objetivos de la Orden —aclaró Laetitia.

—Muy cierto. Creo que un retorno a las raíces del departamento podría beneficiar tremendamente a la Orden, y aquí está la razón.

Simon desplazó su silla hacia atrás y, acercándose a uno de los muros, presionó un botón. La pared se deslizó a un lado para revelar un brillante panel de plástico blanco y varios rotuladores de colores.

—Simon, eres la única persona que conozco que aún utiliza pizarras para sus presentaciones —se lamentó Kilkerman.

—Cállate, David, o tendré que solicitar una pizarra y pedirte que te ocupes de los borradores —replicó Simon.

El comentario fue recompensado con unas cuantas risas, siendo la más enérgica la de Kilkerman. Simon escribió «DIVISIÓN de INVESTIGACIÓN HISTÓRICA» en la pizarra, retrocedió, examinó las palabras y enderezó un poco la «T» de «HISTÓRICA».

—Y ahora veamos. Nuestra mayor herramienta es el Animus. —Hizo un gesto de asentimiento hacia Kilkerman mientras hablaba. El actual jefe del proyecto alzó su tostada con mermelada en solidaridad—. Todos sabemos lo que hace; accede a la memoria genética de los sujetos, centrándose en determinados antepasados y de ahí en adelante. Tengo entendido que hay un flamante nuevo modelo disponible para su uso, ¿no es cierto, David?

—Así es —contestó Kilkerman enderezándose—. Un gran paso adelante en la tecnología, nuestro modelo 4.35. Hemos eliminado virtualmente los efectos colaterales tales como náuseas y dolores de cabeza. Y además hemos descubierto el modo de hacerlo aún más integrador.

—Personalmente me siento muy emocionado de oír eso, y enseguida entenderéis porqué —dijo Simon.

Se volvió de nuevo hacia el panel y escribió la palabra «ANIMUS» en un brillante color rojo. Dibujó dos flechas debajo formando ángulos hacia la izquierda y la derecha.

—Hasta ahora hemos estado utilizando el Animus principalmente para reunir un tipo específico de información, la localización de Fragmentos del Edén.

Los Templarios tenían una única tarea —guiar correctamente el desarrollo de la humanidad—, y muchas herramientas con las que conseguirlo. Los Fragmentos del Edén eran quizá las más importantes. Constituían las reliquias de una civilización conocida indistintamente como los Isu, los Precursores o la Primera Civilización. Estos no solo antecedieron a la humanidad, sino que, de hecho, la crearon y, por algún tiempo, la esclavizaron. Los restos de la tecnología precursora tenían el potencial de garantizar a sus usuarios una diversidad de habilidades y poderes sobre los demás. Su valor eclipsaba las calificaciones más comunes de «histórico» o «monetario». Aunque la Orden templaria podía perfectamente presumir de tener la mayor colección del mundo, incluso si no poseía muchos de esos inapreciables artefactos, o si una buena parte de los artículos de la colección estaban rotos o eran inutilizables.

—Una vez conocida la existencia de un Fragmento del Edén —continuó Simon—, gracias a, digamos, una mención en un

antiguo manuscrito o a través de una persona asociada con uno, entendíamos la búsqueda del mismo.

Debajo de la flecha izquierda que surgía de la palabra *ANIMUS* escribió: «INFORMACIÓN». Y bajo esta anotó «1. Fragmentos del Edén» y, por debajo, «a) Localización».

—Esa búsqueda consistía, entre otros métodos, en utilizar la vasta red de material genético vivo a nuestra disposición, o lo que también se conoce como los valiosos clientes y leales empleados de Industrias Abstergo. —Simon escribió «i. Clientes y Empleados» debajo de «a) Localización».

»Nuestra segunda rama de investigación implicaba conocer más cosas sobre nuestros antiguos enemigos, los Assassins. Y necesitábamos el mismo tipo de información que con los Fragmentos del Edén, la habilidad para detectarlos en la actualidad.

Simon escribió un «2. Assassins», y a continuación, como había hecho antes, las palabras «a) Localización» y, debajo, «i. Clientes y Empleados».

—Hasta aquí nada que objetar. Al contrario, ha sido algo absolutamente extraordinario y de gran ayuda para incrementar tanto la influencia de la Orden como la auténtica razón de ser de nuestra compañía.

—Advierto un «pero» en todo eso —interrumpió Reider.

—¿Espero que no estés sugiriendo que abandonemos esa línea de investigación? —La voz de England sonaba engañosamente suave.

—En absoluto —le aseguró Simon—. Pero creo que el Animus puede hacer mucho más por la Orden. Hay un aspecto de él que aún no hemos explorado. Uno que creo que podría, con el tiempo necesario y siendo cuidadosamente manejado, resultar a su vez tan ventajoso para nosotros como la adquisición de Fragmentos del Edén.

Ahora escribió en la pizarra, bajo la segunda flecha, la palabra «Conocimiento».

—Sin duda estaréis pensando que la información es conocimiento. Pero los datos exigen un contexto para poder ser útiles. Por ejemplo, digamos que es un hecho probado que existe un lugar donde hay tierra, piedras, madera y agua. Cuando comprendemos que el

agua es un océano, que la tierra y las piedras aluden a una costa rocosa, y la madera representa los mástiles de un velero, le damos a esa información un contexto. Entonces, lo que antes eran simples datos se convierte en información que conduce a la constatación de que existe una alta probabilidad de naufragio.

—Tengo una agenda muy apretada, Simon —dijo Rikkin—. Intenta ir al grano, o si no habrá una alta probabilidad de que tu propio barco se vaya a pique antes de su viaje inaugural.

Las orejas de Simon se pusieron rojas, pero tuvo que reconocer que la metáfora era oportuna.

—Lo que quiero decir es que, si bien nuestros ordenadores pueden descifrar todo esto, y ciertamente le hemos dado un buen uso a la tecnología, también debemos apreciar el valor del toque humano. Volveré sobre esta idea en un momento. Una vez que comencemos a utilizar el Animus no solo para datos e información, sino también para nuestro conocimiento, con todos sus encantadores matices, mirad lo que se abre frente a nosotros.

Regresó a la pizarra y bajo la palabra *Conocimiento* escribió «Fragmentos del Edén».

—Con la información sabemos el qué, suficiente para identificar un artefacto concreto, y el dónde. Pero con el conocimiento, sabremos lo que hace, cómo se utilizaba y... —escribió las últimas palabras remarcándolas—... «cómo arreglarlo».

Sus compañeros miembros del Santuario Interior contemplaban la pizarra blanca con expresiones que iban desde la incredulidad al entusiasmo o la hostilidad manifiesta. La mayoría, sin embargo, al menos parecía interesada, y él se aferró a eso.

—Y ahora apliquemos el Conocimiento a los Assassins —continuó Simon—. No solo sabremos quién era un Assassin en un determinado período, o dónde quizá localizar Assassins hoy en día. Sabremos además quiénes eran, qué clase de personas. Sabremos lo que les importa a ellos y a la Hermandad Assassin, y tomaremos nota de cómo han cambiado a lo largo de los años. Conoceremos mejor cómo manipularlos. Cómo terminar con ellos. Y cuando comencemos a valorar el conocimiento como algo más que simples datos e información, es imposible imaginar hasta dónde pueden llegar

nuestros descubrimientos. No sabemos lo que no sabemos, pero el potencial resulta asombroso.

Dio un paso atrás, contemplando lo que había escrito.

—Por supuesto, mantendremos estos objetivos como primordiales —aseguró trazando un círculo alrededor de la palabra *INFORMACIÓN* y los comentarios que la acompañaban—, pero, una vez que la pelota comience a rodar, podemos utilizar el Animus para ver las interrelaciones. Las pautas. Podemos redescubrir teorías perdidas, ideas, inventos. Desentrañar misterios con siglos de antigüedad, de una vez para siempre. Descubrir qué verdades subyacen tras los antiguos mitos, las leyendas y el folclore. Apuesto a que todo esto y mucho más es posible, con la condición de que expandamos el propósito del Animus y abramos nuestras mentes.

—Eso es justo lo que estamos haciendo ahora —replicó Killerman con las manos cruzadas sobre su enorme vientre, mientras sus ojos dejaban de parpadear con humor—. Créeme, Simon, estamos prestando una detallada atención a lo que aprendemos.

—Sí, y podemos hacer mucho más con no demasiado esfuerzo.

—No nos hizo falta utilizar este método romántico y sentimental para exterminar virtualmente a nuestro enemigo hace quince años. —El desprecio en la voz de Stearns hizo que la habitación de pronto pareciera gélida.

—No, no hizo falta. Pero los Assassins cada vez resultan más difíciles de localizar. Cada vez son más astutos, más creativos. Y nosotros también necesitamos serlo si queremos detenerlos.

—El tiempo es un recurso muy preciado —dijo intencionadamente Berg.

—Lo es —concedió Simon—, y debemos tener cuidado en cómo lo repartimos. En la actualidad dedicamos una buena cantidad de tiempo a callejear buscando Fragmentos del Edén, cuando de hecho estamos en posesión de unos cuantos que ni siquiera entendemos o que, en cierto modo, están dañados. De esta manera, podríamos tanto estrechar nuestras experiencias con el Animus, como hacerlas más generales. Necesitamos señalar individuos que sabemos poseen abundante ADN precursor y...

—Eso ya lo estamos haciendo —indicó Gramática.

—A través de Abstergo Entertainment y el departamento de la doctora Nakamura, sí —replicó Simon—, personas que no son Templarios, y no saben exactamente lo que están buscando. ¿Cuánto más efectiva sería una hora en el Animus si uno de nosotros hiciera uso de él? Nuestro ADN es un masivo y actualmente inexplorado recurso.

»Una hora de nuestro tiempo podría encontrar soluciones a cosas en las que ni siquiera hemos caído —continuó Simon—. Y por supuesto, también está el conocimiento por el conocimiento. Es imposible calcular el precio de algo así.

—Has hablado como un auténtico historiador —declaró Berg, y de alguna forma consiguió que la palabra sonara displicente. Sin poderlo remediar, Simon se irritó.

—Os lo demostraré —se oyó decir. Instantáneamente deseó no haber dicho aquello, pero ya estaba hecho y ahora las palabras flotaban en el aire como globos sin rumbo. «De perdidos al río», pensó, y respiró hondo—. Como sabéis, todos conocemos nuestros linajes. Yo tengo un antepasado que luchó en el ejército de Juana de Arco. Se cree que ella poseyó una de las Espadas del Edén... el Fragmento del Edén n.º 25, de acuerdo con el inventario. Yo sustento la teoría de que tal vez sea la misma que perteneció al propio Jacques de Molay.

—La que está en mi oficina —farfulló Rikkin. Y se volvió al resto del Santuario Interior—. Gran parte de su historia aún sigue siendo desconocida. Lo que sí sabemos es que una vez perteneció a De Molay, y más tarde cayó en manos del Gran Maestre François-Thomas Germain, durante la Revolución francesa. El Assassin Arno Dorian se la quitó a Germain al matarlo.

Simon asintió.

—Tengo intención de pasar yo mismo un tiempo en el Animus y confirmar que esa espada es la que una vez fue clasificada como el Fragmento del Edén n.º 25.

Rikkin se inclinó sobre la mesa, con la fría taza de café en una mano y la barbilla descansando en la otra.

—La espada de De Molay resultó dañada cuando estaba en posesión de Germain. Cualesquiera habilidades que desplegase en su momento ya no parece poseerlas.

—Repito que con alguien de mis conocimientos en la silla, tal vez sea posible determinar cómo repararla si puedo verla en acción.

Una breve sonrisa curvó los labios de Rikkin.

—Está bien —dijo—. Llamémoslo una ronda de comprobaciones. Te dejaré seguir ese sendero de miguitas, Hathaway, y descubrir adónde lleva. Si puedes ofrecerme resultados concretos en una semana, daré luz verde al giro en la dirección de tu departamento y asignaré los recursos apropiados.

El corazón de Simon se encogió. ¿Una semana? La sonrisa de Rikkin se amplió, como si pudiera leer en la mente del nuevo miembro Templario del Santuario Interior.

—Hecho —contestó, cuadrando los hombros.

—Excelente. —Rikkin depositó su servilleta sobre la mesa y se levantó—. Entonces más vale que te pongas a ello. —Seguramente existían mejores formas de terminar una reunión, pero en ese momento Simon no pudo pensar en ninguna—. Ah, y otra cosa, Simon.

—¿Sí, señor?

Rikkin y Kilkerman intercambiaron una mirada, como si ambos compartieran un secreto.

—Ya no es exactamente una «silla» —declaró Rikkin.

—¿Cómo dice? —preguntó Simon.

—Ya lo verás.